

Tránsito

A*

Rachel Cusk

Tránsito

Traducción de Marta Alcaraz

Primera edición, 2017
Título original: *Transit*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2016, Rachel Cusk
All rights reserved

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2017
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de la autora: © Siemon Scammell-Katz
Imagen de la cubierta: © Created by Freepik

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-22-5
Depósito legal: B. 22.469-2017
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Una astróloga me había enviado un email para comunicarme que tenía noticias importantes relacionadas con los acontecimientos de mi futuro inmediato. Veía cosas que yo no podía ver: los detalles referentes a mi persona, ahora en su poder, le habían permitido estudiar la información que le brindaban los astros. Deseaba ponerme al corriente de un tránsito trascendental que iba a tener lugar en mi cielo muy en breve. Los cambios que esa información podría conllevar habían despertado en ella un gran entusiasmo. Por una pequeña suma, pondría a mi disposición esos datos y me permitiría utilizarlos en mi provecho.

Intuía —continuaba el correo— que yo había perdido el rumbo en la vida, que a veces me resultaba muy difícil encontrarles un sentido a mis actuales circunstancias y encarar el futuro con esperanza; ella sentía que entre las dos existía una profunda conexión, y aunque ese era un sentimiento que no podía explicar, también sabía que algunas cosas debían desafiar toda explicación. Mucha gente blindaba su mente ante el significado que encerraban los cielos, lo comprendía, pero estaba firme-

mente convencida de que yo no era una de esas personas. Yo no tenía esa fe ciega en la realidad que obliga a los demás a pedir explicaciones concretas. Sabía que yo ya había sufrido lo bastante como para plantearme ciertas preguntas para las que todavía no había obtenido respuesta. Pero los movimientos de los planetas representaban una zona de reverberación infinita para el destino humano: quizá todo se redujera a que a algunas personas les costaba creerse lo bastante importantes como para figurar allí. Lo triste, continuaba, es que en estos tiempos de ciencia y descreimiento hemos perdido el sentido de nuestra propia relevancia. Nos hemos vuelto crueles, con nosotros mismos y con los demás, por creer que, al final, no valemos nada. Los planetas, continuaba, ofrecen nada más y nada menos que la posibilidad de recuperar la fe en la grandeza del ser humano: ¿cuánta dignidad y honor, cuánta bondad, responsabilidad y respeto aportaríamos a nuestro trato con los demás si creyéramos en la importancia cósmica de todos y cada uno de nosotros? Y era yo, precisamente, la persona capaz de comprender las posibles repercusiones para la paz mundial y la prosperidad del asunto, por no hablar de la revolución que un concepto ampliado del destino podría desatar en el ámbito de lo privado. Confía en que la disculpara por haberse puesto en contacto conmigo de aquella manera y por dirigirse a mí sin tapujos. Como ya había dicho, sentía que entre las dos existía una conexión muy fuerte, y era eso lo que la había empujado a sincerarse conmigo.

Quién sabe si el algoritmo informático que había generado ese email habría generado a la astróloga misma: sus frases revelaban un carácter demasiado acentuado,

y la nota de carácter se repetía demasiado a menudo; estaba inspirada de forma tan evidente en un tipo humano que ella misma no podía ser humana. Su empatía y su preocupación resultaban un poco siniestras; y por eso mismo, sin embargo, parecían también imparciales. Un amigo mío, a quien el divorcio había dejado deprimido, me había confesado hacía poco que a menudo se le saltaban las lágrimas con la preocupación por su salud y bienestar que expresaban los anuncios, los envases alimentarios y las voces enlatadas de los trenes y los autobuses, preocupadísimas, por lo visto, por si se pasaba su parada; de hecho, sentía algo parecido al amor, me había dicho, por la voz de mujer que, cuando conducía, lo guiaba con una entrega que su esposa nunca había demostrado. La vida brindaba una ingente cosecha de lenguaje y de información, y podía ser que el falso humano tuviera más sustancia y más capacidad empática que el original, que pudiera obtenerse más ternura de una máquina que de uno de nuestros semejantes. A fin de cuentas, la interfaz mecanizada era la síntesis de muchos humanos, no de uno solo. Su creación había requerido la vida de muchos astrólogos. Lo más reconfortante, sostenía él, era que ese coro oceánico no estuviera ligado a persona alguna, que pareciera venir de todas partes y, a la vez, de ninguna. A mucha gente esa idea podía parecerle desquiciante, lo sabía, pero para él, la erosión de la individualidad era también la erosión de la capacidad de hacer daño.

Había sido ese mismo amigo —un escritor— el que me había aconsejado en primavera que, si iba a mudarme a Londres con un presupuesto limitado, me comprara una casa mala en una calle buena antes que una

casa buena en un barrio malo. Solo los muy afortunados y los muy desgraciados, me dijo, tienen una suerte pura: a los demás nos toca escoger. Al agente inmobiliario le había sorprendido que hubiese hecho mía semejante perla de sabiduría, si es que de sabiduría se trataba. Según su experiencia, me dijo, las personas creativas valoraban más la luz y el espacio que la ubicación. Tendían a buscar el potencial de las cosas allí donde la mayoría buscaba la seguridad de lo convencional, de lo que ya había alcanzado su máximo, de propiedades cuyo encanto no era sino la suma de posibilidades colmadas a las que nada se podía añadir ya. Lo irónico del asunto, dijo, era que esa gente, aun temerosa de la originalidad, estaba también obsesionada con ella. Sus clientes se extasiaban ante el mínimo rastro de elementos de época: pues bien, bastaba con alejarse un poco del centro para tenerlos en abundancia, y por una pequeña parte del presupuesto. Para él era un misterio por qué la gente seguía comprando en zonas de la ciudad de precios desorbitadamente inflados, cuando en barrios emergentes había auténticas gangas. Suponía que, en el fondo, se trataba de falta de imaginación. En esos momentos, dijo, el mercado ya no podía subir más, pero lejos de desanimar a los compradores, la situación parecía azuzarlos. Día sí y día también, era testigo de escenas absolutamente disparatadas, con estampidas de gente que se abría paso a codazos en su despacho para pagar demasiado por muy poco, como si les fuera la vida en ello. Habían estallado peleas en alguna de las visitas que había concertado, había celebrado subastas de una agresividad nunca vista, hasta había recibido propuestas de soborno a cambio de un trato preferente.

Todo, continuó, por propiedades que, a la fría luz del día, no eran nada del otro mundo. Lo más llamativo era la auténtica desesperación a la que el deseo abocaba a esa gente: lo llamaban cada hora para que los tuviera al corriente de cualquier novedad, o aparecían por su despacho sin motivo alguno; suplicaban y, en ocasiones, hasta lloraban; estaban furiosos y al minuto siguiente se arrepentían, y a menudo lo obsequiaban con larguísima confesiones sobre sus circunstancias particulares. Esa gente le habría dado lástima de no ser porque, siempre, sin excepción, borraban el drama de su cabeza en cuanto todo terminaba y la compra se cerraba; olvidaban por completo no solo su comportamiento, sino también a las personas que habían tenido que padecerlo. Había tenido clientes que una semana le confiaban sus intimidades más truculentas y, a la siguiente, se lo cruzaban por la calle como si no lo conocieran de nada; parejas que habían tocado fondo delante de él ahora hacían su vida en el vecindario como si tal cosa. Y solo en el apogeo de aquella inconsciencia detectaba él una pizca de vergüenza. Al principio, en los inicios de su carrera, esos incidentes lo habían afectado, pero, afortunadamente, con la experiencia había aprendido a no tomárselos tan a pecho. Comprendía que, para sus clientes, él era una figura salida de la niebla rojiza de su propio deseo, un objeto de transferencia, por así decirlo. El deseo, sin embargo, seguía desconcertándolo. A veces llegaba a la conclusión de que la gente solo quería lo que no sabía si podría tener; otras veces el asunto le parecía más complejo. Muy a menudo, sus clientes le confesaban lo aliviados que se sentían de que su deseo se hubiera visto frustrado: los mismos que se

habían puesto a gritar y a llorar como niños contrariados al ver que se les negaba una propiedad, acababan, transcurridos unos días, sentados en su despacho, muy tranquilos, contándole lo agradecidos que estaban por no haberla comprado. Por fin, se daban cuenta de lo poco que les convenía; querían saber qué otras cosas tenía en cartera. Para la mayoría, continuó el agente, la búsqueda y compra de un hogar era un estado intensamente activo, y la actividad comporta cierta ceguera, la ceguera de la obsesión. Casi nadie reconoce los designios del destino antes de que su voluntad se haya agotado.

Manteníamos esta conversación sentados en su despacho. Fuera, los coches avanzaban lentamente por la calle gris y sucia de Londres. Más que azuzarme a competir, le dije, la desesperación que había descrito había apagado cualquier atisbo de entusiasmo que la búsqueda de casa hubiera podido despertar en mí, me había dado ganas de marcharme enseguida. Además, yo no tenía dinero para enzarzarme en una guerra de pujas: si las condiciones del mercado eran las que me había descrito, apenas tenía posibilidades de encontrar un lugar donde vivir. Y, al mismo tiempo, me rebelaba contra la idea de que las personas creativas, como él las llamaba, tuvieran que dejarse marginar por lo que, muy educado, había descrito como «sus valores superiores». Había empleado, me parecía, la palabra «imaginación»: lo peor que podían hacer esas personas era alejarse del centro en un acto de autodefensa y refugiarse en una realidad estética en la que el mundo exterior no sufría transfiguración alguna. Yo no tenía ningunas ganas de competir, pero tenía menos ganas aún de decretar nue-

vas reglas sobre en qué consistía la victoria. Yo iba a querer lo que todos querían, aunque quedara fuera de mi alcance.

El agente inmobiliario pareció algo sorprendido por mis comentarios. No había querido insinuar, continuó, que debiera marginarme. Él creía, simplemente, que el dinero me cundiría más, y que conseguiría algo antes, en un barrio menos sobrepreciado. Yo me hallaba en una posición vulnerable, de eso se daba cuenta. Y ese fatalismo mío era poco frecuente en el mundo en el que él se movía. Pero si estaba decidida a seguir al rebaño, sí había algo que podía enseñarme. Tenía los detalles allí mismo, delante: había salido al mercado esa misma mañana, porque la venta previa se había truncado. Era una vivienda municipal, y urgía encontrarle comprador enseguida, detalle que el precio reflejaba. Como podía ver, continuó, estaba en muy mal estado; en realidad, era prácticamente inhabitable. Por insaciables que fueran sus clientes, la mayoría no la habrían tocado ni en un millón de años, ni se les pasaría por la imaginación, si le permitía emplear ese término, aunque la ubicación de la propiedad era muy buena, eso no lo podía negar. Pero, dada mi situación, en conciencia, él no podía animarme a dar el paso. Aquella era una propiedad ideal para un promotor o un contratista, alguien con una mirada impersonal; el problema era que el margen era demasiado reducido para despertar el interés de esa clase de gente. Me miró a los ojos por primera vez. Evidentemente, añadió, no es un lugar en el que puedan vivir niños.

Al cabo de varias semanas, cuando la transacción se había cerrado, me crucé con el agente por la calle. Iba andando solo con un montón de papeles pegado al pe-

cho y unas llaves tintineando en los dedos. Recordando lo que me había dicho, me preocupé por saludarlo, pero él se limitó a dedicarme una mirada inexpresiva y apartó los ojos. Entonces estábamos a principios de verano; ahora, a principios de otoño. Los comentarios de la astróloga sobre la crueldad me habían traído a la memoria el incidente, en el que, en su momento, me pareció ver la demostración de que, sea lo que sea lo que queramos pensar de nosotros mismos, no somos sino el resultado del trato que hemos recibido por parte de los demás. El email de la astróloga incluía un enlace a la carta astral que me había hecho. Pagué y leí su contenido.